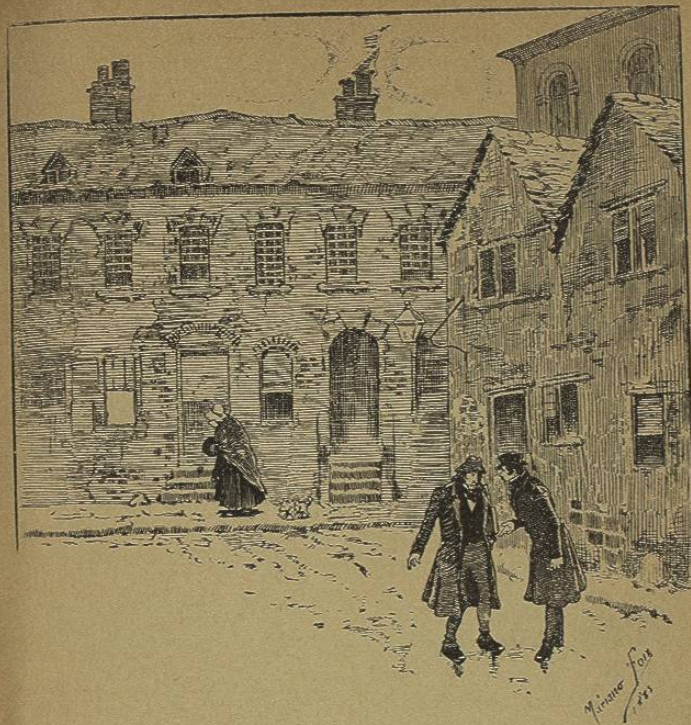


río viviente que se deslizaba á través de la prisión, renovándose sin cesar.

He aquí la existencia, he aquí la historia de la niña Dórrit quien, en el momento que nos ocupa, regresaba á su hogar, la Mariscalía, en una triste velada de Septiembre, seguida á distancia por Arturo Clennam, y después de un ligero rodeo desaparecía como una sombra, franqueando la verja exterior y el patio de la prisión por deudas.



CAPITULO VIII

La cárcel

Arturo Clennam se detuvo en medio de la calle, esperando á que pasase cualquiera para preguntarle qué sitio era aquel: cruzaron varias personas sin que las interrogase, porque su aspecto no prometía una respuesta cortés; pero al fin se decidió, al ver á un anciano que se dirigía hacia aquel sitio.

Este hombre, encorvado bajo el peso de los años, avanzaba lentamente, preocupado al parecer, y su aspecto era bastante pobre. Vestía un levitón muy largo, que en otro tiempo debió ser azul y que ya blanqueaba por las costuras; llevaba una corbata vieja de terciopelo que le ocultaba casi la parte inferior del rostro; el sombrero, muy sucio y grasiento, tenía las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1944. 1625 MONTERREY, MEXICO

alas rotas y arrugadas, y de él escapábase la punta de un pañuelo agujereado; su pantalón se ajustaba tan mal, á causa de su extremada anchura, y los zapatos eran tan amplios, que su dueño arrastraba los pies como un elefante, sin que pudiera decirse si esto era por efecto del calzado ó por una costumbre adquirida. Nuestro hombre llevaba debajo del brazo una caja vieja que debía contener algún instrumento músico, y en la mano un pequeño cucurucho lleno de rapé, del cual tomaba un polvo en el momento de acercársele Arturo Clennam, quien le tocó ligeramente en el hombro para preguntarle qué sitio era aquel.

El anciano se detuvo, dando á conocer por la mirada de sus ojos grises que su pensamiento estaba muy lejos de allí, y además, que era algo sordo.

—¿Puede usted decirme, caballero—preguntó Arturo por segunda vez,—qué sitio es este?

—¡Ah! sí—contestó el anciano, deteniendo el brazo en el momento de ir á tomar por vez segunda un polvo de rapé;—esto es la Mariscalía, caballero.

—¿La prisión por deudas?

—Sí, señor—contestó el anciano, adelantando un pie para proseguir su marcha.

—Dispense usted—replicó Arturo,—pero deseo hacerle otra pregunta. ¿Es la entrada libre aquí?

—La entrada sí—contestó el anciano con un tono que parecía decir:—*pero la salida no.*

—Ruégole me dispense mi indiscreción: desearía saber si conoce usted bien este sitio.

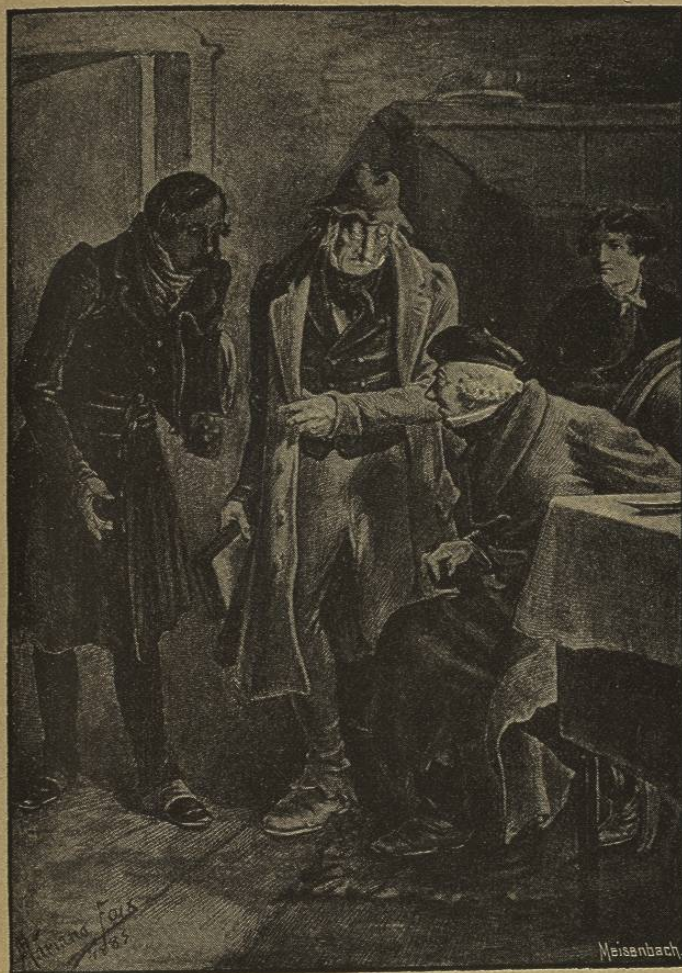
—¡Caballero!—contestó el anciano, estrujando su cucurucho de rapé, y fijando la mirada en su interlocutor como si esta pregunta le hubiese ofendido:—sí, señor, le conozco muy bien.

—Ruego á usted me dispense. No crea que me impulsa una curiosidad impertinente; por el contrario, muéveme á molestarle una causa muy justificada. ¿Conoce usted por casualidad el nombre de Dórrit?

—Caballero—replicó el anciano,—ese nombre es el mío.

Al oír esta contestación inesperada, Arturo se descubrió.

—Permítame usted—dijo después de un momento de vacilación,—que le hable dos palabras. Lo que acaba de manifestarme me sorprende mucho, y por lo tanto espero que será motivo suficiente para dispensar la libertad que me he tomado al dirigirme á usted. Hace muy poco que he vuelto á In-



—Guillermo—dijo el anciano—he encontrado á este caballero...

glaterra, después de una prolongada ausencia; y al visitar á mi madre, la señora Clennam, que habita en el barrio de la Cité, he visto en su casa una joven costurera á quien siempre daban el nombre de niña Dórrit. Me intereso sinceramente por ella, y deseo vivamente tomar algunos informes sobre su situación. Pocos minutos antes de hablar con usted la he visto entrar por esa puerta.

El anciano examinó atentamente las facciones de Arturo.

—¿Es usted marino?—preguntóle después de una pausa.

—No, señor.

—A juzgar por el color de su tez—repuso el anciano, contrariado al parecer por la negativa,—hubiera creído que lo era usted. ¿Me asegura usted que no, caballero?

—Es positivo; se lo digo con toda formalidad, y ruégole que me crea.

—Conozco muy poco el mundo, caballero—repuso el anciano, que tenía la voz débil y temblorosa;—no hago más que pasar como la sombra en el cuadrante solar; y, por lo tanto, no valdría la pena engañarme... cosa demasiado fácil por cierto. La joven que acaba usted de ver entrar ahí es hija de mi hermano, Guillermo Dórrit; yo soy Federico. Dice usted que ha visto á mi sobrina en casa de su madre: yo sé que esa señora la protege; si usted se interesa también por esa joven y desea saber lo que hace aquí, venga usted á verlo.

Así diciendo, prosiguió su camino seguido de Arturo.

—Mi hermano—dijo el anciano deteniéndose en el umbral de la puerta de la prisión,—habita aquí hace muchos años; y por razones que es inútil explicarle á usted ahora, le hablamos muy poco de lo que pasa fuera de este recinto, ni aun en lo relativo á nosotros. Por esto le agradeceré que no haga ninguna alusión respecto á los trabajos de costura de mi sobrina, limitándose á no tratar de otro asunto que no sea el mismo de que hablaremos nosotros, y de éste modo no habrá temor de que se extralimite usted.

Arturo siguió al anciano por una estrecha calle de árboles, en cuyo extremo vió abrirse una puerta muy sólida; entonces pasaron á una especie de vestíbulo, cruzándole para llegar á una reja, y de aquí al interior de la prisión. El anciano, que iba siempre adelante, con su perezoso paso, volvióse hacia Arturo cuando estuvieron ante la puerta del carcelero de guardia, como para presentar á su acompañante; el funcionario hizo una señal afirmativa con la cabeza, y Arturo entró sin que le preguntaran á dónde iba.

La noche era oscura, sin que las luces que brillaban débilmente en las ventanas de la prisión, detrás de las viejas cortinillas ó de las persianas rotas, contribuyesen á prestar alguna claridad. Unos cuantos prisioneros divagaban aún en aquel recinto, pero los más de los habitantes se habían retirado. El anciano, dirigiéndose hacia la derecha del patio, pasó por la tercera ó cuarta puerta, comenzando á subir luego por una angosta escalera.

Al llegar al segundo tramo detúvose un momento y abrió después la puerta: apenas lo hizo, Arturo divisó á la niña Dórrit, y explicóse entonces por qué tenía tanto empeño en comer sola.

Había llevado la carne que le dieran en la casa donde trabajaba, y disponíase á calentarla para su padre, que vestido con una vieja bata color gris y un pantalón negro, esperaba tranquilamente su cena. Un blanco mantel cubría la mesa ante la cual se había sentado, y en la que se veía todo lo necesario, tenedor, cuchillo, cuchara, salero, el vaso y un jarro de estaño para la cerveza; nada faltaba, ni aun algunos excitantes para aguzar el apetito, tales como una botella de esencia de pimienta roja y unos pepinillos.

La joven se estremeció, ruborizóse y palideció después; pero Arturo, más bien con su mirada que con un ligero movimiento de la mano, indicó á la pequeña Dórrit que se tranquilizase y no temiera nada de su parte.

—Guillermo—dijo el anciano,—he encontrado á este caballero... el señor Clennam, hijo de la amiga de mi sobrina... En la calle me manifestó sus deseos de saludarte, pero no sabía si entrar ó quedarse fuera. Caballero—añadió volviéndose hacia Arturo,—aquí tiene usted á mi hermano Guillermo.

—Espero—dijo Clennam, algo cortado al pronto,—que el respeto que profeso á su hija explicará y motivará suficientemente el deseo de ser presentado á usted, caballero.

—Señor Clennam—contestó el decano levantándose y quitándose la gorra, pero de modo que se conocía su intención de volver á ponérsela en seguida,—es una honra para mí; sea usted bienvenido (al decir esto saludó profundamente) caballero; Federico, una silla. Siéntese usted si gusta.

Dicho esto volvió á ponerse la gorra. En sus modales notábase cierto aire de benevolencia y de protección, el mismo que afectaba cuando recibía á los presos nuevos.

—Felicito á usted por su llegada—dijo,—como he felicitado ya á otros muchos caballeros. Tal vez sabrá usted... mi hija

Amy ha podido decírselo... que soy el Padre de la Mariscalía...

—Yo... así lo he oído decir—contestó Arturo, sin darse apenas cuenta de sus palabras.

—Supongo también que no ignorará usted que mi hija Amy ha nacido aquí; es una buena hija, caballero; desde hace largo tiempo mi consuelo y mi sostén. Amy, querida mía, puedes servirme ese plato; el señor Clennam dispensará las costumbres primitivas á que nos vemos reducidos en este modesto asilo. ¿Será descortesía preguntarle si tiene á bien?...

—Gracias, caballero—contestó Arturo.

Clennam no se explicaba la conducta de aquel anciano singular, y admirábase que no pareciese sospechar que su hija ocultaba sus relaciones de familia.

La niña Dórrit llenó el vaso de su padre, puso á su alcance los objetos que podía necesitar, y sentóse á su lado mientras cenaba. Sin duda para no faltar á una costumbre establecida, colocó ante sí un pedazo de pan y acercó el vaso á sus labios, pero Arturo observó su agitación, así como también que no probaba bocado. La mirada que fijaba en su padre, por lo cual no se habría podido determinar si le admiraba más que le compadecía, ó si estaba de él más orgullosa que avergonzada, pero que de todos modos revelaba abnegación y amor, impresionó profundamente á Clennam.

El Padre de la Mariscalía manifestaba á su hermano esa ligera condescendencia que se debe á un hombre amable y de buen corazón, que siempre se mantuvo en la obscuridad de la vida privada, sin poder alcanzar nunca una distinción social.

—Federico—dijo de pronto,—sé que tú y Fanny cenáis en la ciudad esta noche. ¿Qué has hecho de Fanny?

—Está paseando con Tip.

—Tal vez sepa usted, caballero Clennam—dijo el decano,—que Tip es mi hijo. Ha pasado una juventud muy atolondrada, y con dificultad encuentra ocasión de establecerse. ¿Es la primera vez que viene usted á este establecimiento?

—La primera.

—No le habría sido á usted posible, desde hace mucho tiempo, entrar aquí sin que yo lo supiera; ningún visitante de cierta importancia pasa un solo día sin serme presentado.

—En un solo día le han presentado hasta cuarenta ó cincuenta personas—dijo Federico con cierta expresión de orgullo.

—Sí—añadió el padre de la Mariscalía;—y aun á veces se

ha pasado de esta cifra; de modo que algún domingo, en la estación favorable, esto parecía la corte de un rey... Amy, hija mía—dijo interrumpiéndose,—toda esta tarde he tratado inútilmente de recordar el nombre de aquel caballero de Camberwell que me fué presentado el día de Navidad por aquel simpático traficante de carbón, cuya causa se aplazó seis meses.

—No recuerdo su nombre, padre mío.

—¿Y tú, Federico?

—Yo no creo haberle oído nombrar nunca.

Federico era la única persona de quien se podía esperar una noticia de este género.

—Vamos—dijo el decano,—no me acordaré por más que haga, del nombre de aquel caballero, que se condujo tan noblemente y con tanta delicadeza; pero como me refiero á una buena acción, creo, señor Clennam, que no le disgustará á usted saber de qué se trata.

—Al contrario—contestó Arturo, dejando de mirar á la joven Dórrit, que comenzaba á inclinar su graciosa cabeza, y cuyo pálido rostro expresaba de nuevo la inquietud.

—La acción—dijo el padre de la Mariscalía,—fué verdaderamente bella. El caballero á quien me refiero, señor Clennam, me fué presentado de un modo muy lisonjero para mí, y me habló no solo muy cortésmente, sino con... con... mucha instrucción. Díjome que poseía un jardín, si bien tuvo la delicadeza de no hablarme de ello al principio, sabiendo que los jardines están vedados para mí; y al fin me regaló un geranio magnífico que había mandado traer de su invernadero. Mientras yo admiraba los frescos colores del arbusto, enseñóme una faja de papel que le rodeaba, con este lema: *Para el Padre de la Mariscalía*. Pero... ¡hem!... aún había más: al despedirse me rogó que no quitase el papel hasta media hora después de haberse marchado. Yo... ¡hem! lo hice así, y hallé dentro dos libras esterlinas. Le aseguro á usted, señor Clennam, que he recibido... muchos... recuerdos de toda especie... ¡hem!... y valores diversos; y que estos... recuerdos fueron siempre... ¡hem!... por desgracia, muy aceptables; pero ninguno me causó tanta alegría como aquel.

Arturo iba á decir todo cuanto decir se puede en semejante circunstancia, cuando de pronto oyóse el toque de una campana y un rumor de pasos que se dirigían hacia la puerta: una linda joven, más desarrollada que la niña Dórrit, detúvose en

el umbral al ver á un extraño, y lo mismo hizo un joven que la acompañaba.

—Fanny—dijo el decano,—te presento al caballero Clennam. Señor Clennam, tengo el gusto de presentar á usted á mi hija mayor y á mi hijo. Esa campana anuncia á los visitantes que es hora de retirarse, y mis hijos vienen á darme las buenas noches; pero no vaya usted de prisa. Hijos míos—añadió,—si habéis de ocuparos en algún quehacer doméstico, el señor Clennam os dispensará, pues debe saber que sólo disponemos de una habitación.

—Yo no necesito más que pedir á mi hermana Amy el vestido blanco.

—Y yo mi ropa—añadió Tip.

La niña Dórrit abrió un cajón de un mueble muy viejo, cuya parte superior formaba una cómoda, mientras que la inferior podía servir de catre, y sacó dos paquetes, entregándolos á sus hermanos.

El señor Clennam aprovechó aquel momento para levantarse y pasear una mirada por toda la habitación: las paredes, completamente desnudas, habían sido pintadas de verde, al parecer por una mano inexperta, y en el fondo veíanse por todo ornamento algunas estampas; las cortinillas de las ventanas eran muy viejas y sólo un pedazo de alfombra sumamente gastada cubría el suelo en parte. En cuanto á la habitación, pequeña y angosta, estaba mal aireada, y el mueblaje era sumamente pobre.

La campana seguía tañendo, y Federico Dórrit manifestó deseos de retirarse.

—Vamos, Fanny, vamos—dijo volviendo á colocarse debajo del brazo la caja que contenía su cornetín de pistón,—¡vamos pronto, que cierran!

Fanny dió las buenas noches á su padre, saliendo con ligero paso; Tip había bajado ya, haciendo mucho ruido en la escalera.

—Venga usted, señor Clennam—dijo el anciano, que se alejaba arrastrando los pies, según costumbre,—¡ya cierran, caballero, ya cierran!

Arturo tenía dos cosas que hacer antes de marcharse: tratabase primeramente de ofrecer su recuerdo al padre de la Mariscalía, sin ofender á su hija, y decir después alguna cosa á la joven, aunque sólo fuese una palabra, para explicarle el motivo de su visita.

—Permítame usted—dijo el decano de los presos,—acompañarle hasta la puerta.

La niña Dórrit se había deslizado ya fuera de la habitación, y por lo tanto hallábanse solos.

—No lo toleraré de ningún modo—se apresuró á contestar Arturo.—Permítame usted sólo ofrecerle...

Se oyó un sonido metálico.

—Señor Clennam, estoy profundamente agradecido, y crea...

Su interlocutor le había cerrado la mano, para impedir que nadie se enterase, y precipitándose hacia la escalera, no le dejó concluir la frase.

Arturo no encontró á la niña Dórrit al bajar, ni tampoco en el patio; pero como viese á dos ó tres individuos que se dirigían presurosos hacia la reja, siguiólos sin vacilar, y de pronto divisó á la costurera á corta distancia.

—Perdone usted que le dirija aquí la palabra—díjole Arturo,—y dispéñseme también la visita. Si he seguido á usted esta tarde, sólo me ha guiado la intención de servirla y ser útil á su familia. Ya sabe usted en qué posición estoy con mi madre, y no extrañará de consiguiente que jamás haya tratado de acercarme á usted en aquella casa; á pesar de mis buenas intenciones, hubiera temido infundirle envidia, irritarla tal vez, ó perjudicar á usted indirectamente. Lo que he visto aquí en tan corto espacio de tiempo aumenta mi deseo de serle útil; y olvidaría muchos disgustos si pudiese esperar que mereceré su confianza.

La pequeña Dórrit se había atemorizado al principio; pero á medida que Arturo hablaba, parecía tranquilizarse.

—Es usted muy bondadoso, caballero—contestó la joven,—y creo que habla con toda sinceridad, pero... siento que me haya usted seguido.

Arturo comprendió que estas palabras eran hijas de un sentimiento filial, y no contestó.

—Debo grandes favores á la señora Clennam—continuó la joven,—pues no sé qué hubiera sido de nosotros sin el trabajo que me ha proporcionado; y ahora temo que sea una ingratitud guardar secretos para con ella. Nada más puedo decir esta noche, caballero. Estoy segura de que nos quiere usted bien, y le doy por ello las más expresivas gracias.

—Permítame usted dirigirle una pregunta, antes de alejarse. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted á mi madre?

—Creo que dos años, caballero... ¡Ah! ya no toca la campana...

—¿Cómo la conoció usted? ¿La envió á buscar aquí?

—No; ni siquiera sabe que vengo á este lugar. Tenemos un amigo, un verdadero amigo... he anunciado que deseaba algún trabajo de costura y he dado las señas de su casa; él se encargó de poner los avisos en ciertos parajes donde no cuesta nada, y así la señora Clennam me conoció, enviando á buscarme. Pero, caballero, advierto á usted que van á cerrar la reja.

La niña Dórrit estaba tan agitada, y Arturo tan conmovido, al conocer aquellos primeros detalles de la historia de la joven, que le costaba separarse tan pronto; pero el silencio y la tranquilidad que reinaba en el patio advertíanle que debía salir de la prisión; y después de dirigir algunas bondadosas palabras á la joven, dejola volver al cuarto de su padre.

Pero ya se había retardado mucho; la reja interior estaba cerrada y la portería desierta. Después de llamar inútilmente varias veces, reflexionaba sobre la desagradable perspectiva de tener que pasar una mala noche, cuando oyó una voz á su espalda.

—¡Cogido en la ratonera!—exclamó la voz;—hétenos aquí obligados á pasar la noche al sereno... ¡Ah! ¿es usted, señor Clennam?

El que hablaba era Tip; los dos se miraron silenciosos un instante.

—Se ha quedado usted dentro—dijo el joven;—otra vez andará más listo.

—Pero usted también está encerrado—replicó Arturo.

—Un poco—repuso Tip con tono sarcástico,—un poco; pero no como usted. Yo soy de la casa.

—¿Y no podré hallar aquí un refugio?—preguntó Clennam.

—Lo primero que debe usted hacer es buscar á mi hermana Amy—contestó Tip, que acudía siempre á ella cuando se trataba de algún apuro.

—Prefiero pasearme toda la noche antes que molestarla—dijo Arturo;—una noche se pasa pronto.

—No se verá usted reducido á eso, por poco que quiera pagar una cama; si no le importa, podrá dormir en una de las mesas del café. Si le conviene, venga usted conmigo y le presentaré.

Cuando cruzaban el patio, Arturo fijó una mirada en la ventana de la habitación de donde acababa de salir, y vió que aún brillaba luz.

—Sí, caballero—dijo Tip, siguiendo la dirección de la mirada de Clennam;—ese es el cuarto del decano; Amy pasará todavía una hora con él leyéndole el diario de ayer ó alguna otra cosa por el estilo, y después saldrá como una hada desapareciendo sin ruido.

—No le comprendo á usted.

—El decano, el autor de mis días, duerme en esa habitación, y Amy tiene la suya en el alojamiento del carcelero, es decir, en la primera casa al entrar—añadió Tip señalando la puerta,—y ocupa el primer piso bajando del cielo. Podría tener otra habitación mejor si durmiese en la ciudad; pero no quiere abandonar un momento al decano. ¡Pobre niña! le cuida día y noche.

Hablado así los dos paseantes, llegaron á la puerta de una especie de taberna situada en la otra extremidad de la prisión, y cuya sala, punto ordinario de reunión para los presos, estaba ya desierta; aún se veían allí, no obstante, los jarros de estaño, los vasos, las pipas, y la ceniza del tabaco, percibiéndose emanaciones bastante desagradables.

Después de pasear una mirada por aquel sitio, cuya existencia no podía sospechar, Arturo Clennam contempló los preparativos que se hacían para pasar la noche, figurándose aún que soñaba. Sin embargo, Tip, iniciado hacía mucho tiempo en todos los misterios de la localidad y admirador de los recursos culinarios del café, enseñó al punto á Clennam la cocina, el depósito de agua caliente y otras varias cosas que pudieran inducir á creer que para vivir bien, ser rico y sabio, no había nada como habitar la prisión de la Mariscalía.

Dos mesas unidas en un ángulo de la sala hicieron las veces de cama para Tip; Arturo fué invitado á ocupar las sillas y el sofá; pero no le fué posible conciliar el sueño entre aquella atmósfera impregnada de los miasmas de la cerveza, del tabaco y de los fósforos. La impresión que le causaba aquel sitio extraño, el sentimiento de la cautividad, el recuerdo de la habitación donde había estado y de aquella joven con formas de niña, en cuyo semblante había leído la historia de muchos años de padecimientos, impidiéronle cerrar los ojos.

Varios pensamientos que se relacionaban con la prisión cruzaron por su mente uno tras otro, acosándole como otras tantas pesadillas. ¿Tendrán aquí ataúdes preparados, se preguntaba, para los que mueren en la prisión? ¿Dónde se entierra á los difuntos? ¿Qué ceremonias se observan? ¿Tendrá el

acreedor implacable derecho para reclamar el cadáver? ¿Qué probabilidades habría para evadirse?

Después de hacerse estas preguntas, representábasele un cuadro en cuyo fondo veía tres personajes: su padre, con aquella mirada fija que había conservado hasta la hora de la muerte; su madre, rechazando las sospechas de su hijo; y la niña Dórrit, poniendo la mano sobre el brazo de su padre, mientras volvía la cabeza avergonzada.

Otra surgió de pronto en el espíritu de Arturo. ¿Tendría la señora Clennam alguna razón, ya antigua y conocida sólo de ella, para dulcificar su carácter con aquella joven? El prisionero que en aquel instante reposaba tranquilo, ¿debería acusar á la señora Clennam, en el juicio final, de haber ocasionado su ruina? ¿No era posible que algún acto secreto de su madre ó de su padre hubiesen contribuido, desde lejos, á sumir en la miseria á aquellos dos hermanos?

Y siguiendo el orden de sus ideas, Arturo se dirigió otra pregunta. ¿No podría ser que la señora Clennam viese en aquel largo encarcelamiento de los Dórrit entre los muros de una prisión, y en su cautividad entre las paredes de su cuarto una especie de balance de cuentas atrasadas? Sí, se diría la señora Clennam, confieso que soy en parte la causa de la ruina de ese hombre; pero he sufrido los mismos padecimientos que él; si él ha envejecido en su cárcel, yo he pasado los años en la mía, y por lo tanto hay compensación.

Cuando todos los demás pensamientos se hubieron desvanecido, quedó este último persistente; y como conciliase al fin el sueño un breve rato, representóse á su madre en el sillón de ruedas, y figurósele oírle decir, tan claramente como si le hablase al oído: «Ese hombre languidece en su prisión; yo languidezco en la mía; la justicia inexorable ha seguido su curso; ya está la cuenta saldada y quedamos en paz.»

